

ANTROPOLOGÍA MEXICANA.

NUEVOS DATOS

ACERCA DE

LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE EN EL VALLE DE MÉXICO

POR EL SEÑOR MARIANO BÁRCENA, SOCIO DE NÚMERO.

En el año de 1883 describimos en la «Revista científica Mexicana,» un hueso de llama fósil, con entalladuras hechas por la mano del hombre, y cuyo hueso fué encontrado por los ingenieros del desagüe del Valle de México, en el Tajo de Tequisquiac, en las mismas capas sedimentarias donde habia huesos de elefante y de otros mamíferos cuaternarios.

En el año de 1884, asociados al Sr. D. Antonio del Castillo, describimos varios huesos humanos, encontrados por el Coronel D. Adolfo Obregon, en un trozo de roca arrancado del banco de toba caliza silicífera que rodea al cerro del Peñon de los Baños, cerca de esta Capital.

Ahora vamos á ocuparnos del descubrimiento de fragmentos de cerámica antigua, en el terreno recubierto por la extensa formacion volcánica que se encuentra en la parte Suroeste del Valle y que se llama Pedregal de Tlalpam ó de San Ángel.

Todos estos hechos testifican la antigüedad remota que la especie humana tiene en el Valle y ellos llevan muy léjos los vestigios de la existencia del hombre en esta parte de la América y con datos más seguros que los que asientan las tradiciones y la historia antigua de los pueblos de Anáhuac.

El primer hecho referido, demuestra la contemporaneidad del hombre y de los elefantes en el Valle de México, como se ha determinado en otras localidades de América y de Europa.

Los restos humanos encontrados en la masa de rocas del pié del Peñon, señalan tambien la existencia de un hombre prehistórico en el Valle de México.

Los fragmentos de industria humana, sepultados bajo la formacion volcánica del Suroeste del Valle, indican claramente que esta localidad estaba habitada por el hombre ántes de que ese cataclismo volcánico tuviese lugar, y el cual vino tal vez á sepultar poblaciones importantes, como hizo el Vesubio con Herculano y Pompeya.

A mediados del año de 1884 nos dió aviso el Sr. D. Cástulo Zenteno de que comenzaban á aparecer algunos trastos despedazados en la parte inferior de una cantera que estaba explotando en las cercanías de Coyoacan, y habiendo examinado la localidad, vimos que dichos fragmentos estaban contenidos en la tierra recocida al contacto de la lava. Dimos cuenta de este hecho á la Sociedad Me-

xicana de Historia Natural, y apreciándolo como de grande interes para el estudio de la Antropología, nos encargó prosiguiéramos esas investigaciones, cuyo encargo hemos seguido desempeñando con la atencion que merece. En Agosto del propio año de 1884 se publicó en la «Revista Científica Mexicana,» y en un extracto de las actas de aquella Sociedad, la primera noticia de ese descubrimiento, llamando desde entónces la atencion pública.

Posteriormente, acompañados de los Sres. Nicolás Bauda, Albino é Isidro del Moral, volvimos á hacer un exámen de todo el terreno descubierto por la explotacion de aquellas canteras, y encontramos nuevos restos de industria humana, sepultados bajo la roca volcánica y en las mejores condiciones para verificar la identificacion del yacimiento.

La primera objecion que puede ocurrirse al referir estos hechos, es la creencia de que los antiguos mexicanos hubiesen practicado grutas ó cuevas en la tierra blanda que queda debajo de la lava, para formar allí sus habitaciones del mismo modo que las que se observan en las pendientes de algunos cerros, y que en consecuencia pudieron haber quedado allí sepultados los fragmentos de trastos, en una época reciente y posterior al derrame de la roca volcánica. Pero esta suposicion se desvanece, con toda claridad, al observar el terreno, pues en las mismas capas de arcilla y de arena que fueron calcinadas por el contacto de la lava incandescente, hemos encontrado los fragmentos de trastos afectados de la misma alteracion, por el contacto de la masa hecha ascua, lo que prueba que ésta se derramó sobre ellos.

Precisamente la observacion geológica sirve para analizar los hechos, fijando las circunstancias de las rocas de un yacimiento á fin de poder separar los diversos acontecimientos que en ellas han tenido lugar.

Ligadas hoy la Geología y la Antropología, caminan con pasos seguros, dando exactitud y fuerza á las investigaciones que les corresponden y que se relacionan del modo más íntimo.

En el yacimiento de que nos ocupamos se observan esos restos recubiertos por la lava, y se ven otros fragmentos de cerámica moderna, rodando sobre la superficie del terreno, como si de propósito se hubiesen puesto allí para marcar la diferencia de época de su depósito, en virtud de la observacion geológica del terreno.

Para fundar las deducciones que de los hechos observados se desprenden, demos una ojeada sobre la localidad referida.

El Pedregal de Tlalpam ó San Ángel es una vasta formacion volcánica que se extiende en ese rincon Suroeste del Valle; se percibe en las cercanías de Tlalpam, San Angel y otras poblaciones, donde ocupa la parte plana del terreno y algo de los lomerios relacionados al monte Ajusco. Se percibe esa formacion lávica como un mar consolidado; allí se ven corrientes de rocas, oleajes, escorias, rebordes y otros accidentes, formando montículos ó extendidos, ocupando grandes superficies.

En la parte que hoy se está explotando de esa formacion se perciben cortes hasta de ocho metros de espesor. La roca es un basalto de color negro agrisado y azulado, conteniendo granos vítreos de olivino; en partes el basalto es compacto y unido; en otras se encuentra depositado en capas alternativas; y en fin, hay masas careadas presentando las numerosas oquedades que dejaron los gases que acompañaron á esas rocas cuando estaban incandescentes.

El aspecto de esas corrientes indica que en su derrame tenian un estado pastoso y caminaban con cierta lentitud y en masas de gran espesor.

En el corte abierto en la cantera cerca de Coyoacan, y donde se perciben esas secciones de 7 á 8 metros en la roca, se pueden observar esas diferentes estructuras del basalto.

Allí la formacion lávica reposa sobre capas de arcilla arenosa en la que se encuentran los fragmentos de losa á que venimos haciendo referencia.

La parte de esa tierra, en contacto con la lava, forma una cinta negra de cerca de dos centímetros de espesor; examinada al microscopio esa tierra, se perciben en ella fragmentos arcillosos, granos de feldespato vítreo, en parte fundidos y cristales de hornblenda vitrificados en parte, por la accion igualmente de la lava candente: en esta primera capa encontramos raíces y tallos incinerados y los primeros fragmentos de trastos, en parte tambien vitrificados por la accion del fuego.

Sigue un banco de composicion análoga á la del anterior; pero conteniendo fragmentos de roca traquítica ó chiluca y partículas carbonosas; el espesor de este banco es próximamente de veinte centímetros y pasa por grados insensibles á otro banco más arenoso que sirve de apoyo á los anteriores.

En resúmen, esta formacion aluvial en que reposa la lava, está dispuesta del modo siguiente, comenzando por la parte superior:

1.—Capa de 0^m02 de espesor, conteniendo partículas vitrificadas, tallos incinerados y restos de trastos antiguos.

2.—Banco areno-arcilloso; conteniendo fragmentos feldespáticos, hornbléndicos, partículas carbonosas, fragmentos de traquita y restos de trastos: su espesor es de 0^m20.

3.—Arcilla arenosa, con elementos análogos á los anteriores: su espesor es desconocido y forma la base del terreno aluvial.

Esta es la disposicion de las capas en la cantera que está cerca de la Quinta del Attillo y donde se han encontrado en mayor número los fragmentos de trastos; la roca basáltica que reposa sobre esas capas, tiene un espesor de 7^m75. En la parte Oriente de este corte, la arcilla quemada presenta un color rojo y está convertida en ladrillo por efecto del propio calor de la lava: en este ladrillo tambien hemos visto algunos restos cerámicos incrustados. En la cantera que queda al Oriente de la primera se percibe un banco de arcilla más vitrificado que los referidos y tendiendo á pasar á roca metamórfica, semejante á una diorita, pues por la fusion se han unido los granos del feldespato y los cristales de hornblenda.

El Sr. Zenteno me informó en el año de 1884, que en la arcilla descubierta al

pié de la lava de la cantera, que se halla al frente de ésta, se había descubierto una mandíbula humana, que se perdió al caer la masa de rocas de la cantera.

La explotación que hoy se está haciendo de esa masa basáltica del Pedregal, se facilita excavando la arena y arcilla en que aquella reposa, hasta que faltándole el apoyo, cae en virtud de su peso, desgajándose en grandes blocs, que en seguida se dividen en adoquines, losas, etc., por la mano del cantero.

Cuando se ve la extensión y espesor de esas masas de lavas se concibe que fueron producidas por fenómenos geológicos de grande importancia, máxime si se nota que derrames análogos de basalto, igualmente colocados sobre los terrenos aluviales, se encuentran en la region Sur del país y en muchos de los Estados del Centro y de Occidente. Todos deben proceder de un mismo cataclismo volcánico, extendido en una gran área del territorio mexicano y que tendría probablemente lugar al principio del período llamado «Reciente,» en la cronología geológica y que siguió al Champlain ó diluvial.

Las tradiciones y escrituras que tenían los aztecas en la época de la Conquista de México, nada dicen de un acontecimiento tan notable, y tal vez fué borrado de su memoria, por el paso de los muchos siglos trascurridos desde que tal fenómeno tuvo lugar, ó más bien por la extinción ó emigración de las razas que lo presenciaron y sin dejar noticia alguna de tan importante acontecimiento.

Estudiando las cosmogonías mexicanas, podemos hallar alguna analogía entre una de sus épocas y el cataclismo volcánico á que venimos refiriéndonos; y si la aplicación fuere exacta, la importancia del fenómeno sería aun mayor de lo que podemos suponernos, puesto que señala, en la cosmogonía, una época en que se supone destruida la especie humana casi en su totalidad, ó á lo ménos las razas propias del país ó regiones á que el acontecimiento se refiere.

Varios historiadores de gran nombre, comentando una pintura mexicana que existe en la biblioteca del Vaticano, traducen ó interpretan cuatro destrucciones de la especie humana, y que se designan con los nombres de Atonatiuh, Ehecatonatiuh, Tletonatiuh y Tlaltonatiuh, las que quieren decir respectivamente: sol de agua, sol de aire, sol de fuego y sol de tierra.

Con la palabra sol, debe señalarse aquí una era, época ó duración de tiempo, y la combinación con las otras palabras, significa ó da á entender, que la especie humana fué destruida una vez por el agua, otra por el aire, otra por el fuego y la última por la tierra. Ésta se interpreta suponiendo que el cataclismo se refiere á falta de semillas ó de alimentos que produce la tierra.

Si todos los autores están de acuerdo con la interpretación de los acontecimientos que señala esa pintura, no lo están en el orden de su colocación ó como deben ser leídos.

Nuestro sabio historiador D. Manuel Orozco y Berra, discutiendo el orden en que se deben colocar tales acontecimientos, apoya, con razones de gran peso, el que hemos señalado ántes.

Adoptando ese orden y procurando hacer la aplicacion ó avenimiento de los sucesos á que se refiere, con el volcanismo de que nos hemos ocupado, encontramos perfecta colocacion cronológica, y aun se extiende á la opinion que manifestamos, sobre que ese cataclismo volcánico pudo haber tenido lugar al principio del período Reciente.

En efecto, segun los conocimientos geológicos actuales, se divide la Edad Cuaternaria, para América, en los períodos Glacial, Champlain y Reciente.

El período Champlain ó diluvial, está caracterizado por las formaciones debidas á inundaciones, lluvias y grandes corrientes de aguas; á este período hemos considerado que pertenecen nuestros valles diluviales y lacustres, como el de México, en cuyas capas se encuentran los restos de elefantes y otras especies de mamíferos fósiles. Podria referirse la cosmogonía mexicana á este período con el nombre de Atonatiuh ó sol de agua.

Segue despues la destruccion de la vida por efecto del aire, y tal vez se refiera á acontecimientos meteorológicos, como ciclones y huracanes que bien pueden haber tenido lugar en la última parte del período diluvial y como fenómenos concomitantes.

Viene el período Tletonatiuh ó sol de fuego, que puede aplicarse al cataclismo volcánico, que produjo el derrame de grandes corrientes basálticas sobre los terrenos diluviales del Champlain.

En el orden de posicion se ve, á lo ménos, la aplicacion de estas interpretaciones cosmogónicas con la sucesion geológica.

La pobreza ó falta de frutos de la tierra en el período ó sol Tlaltónatiuh, pudo haber sido inmediata consecuencia al incendio y exterminio de la vegetacion en grandes áreas de terreno, por el volcanismo á que se hizo referencia, ó el suceso seria muy posterior y debido á cualquier fenómeno meteorológico que pudo ocasionar la falta de semillas y otros productos durante uno ó varios años.

Comprendemos que puede ser materia de varias y prolongadas discusiones la aplicacion de la cosmogonía mexicana, á los períodos geológicos que hemos citado y tambien con los fenómenos locales á que se refiere este escrito; nosotros no hacemos más que señalar ese camino á las investigaciones, al notar la falta de mencion de un cataclismo volcánico, en las tradiciones y pinturas mexicanas, cuando estamos seguros que tuvo lugar en un tiempo en que la especie humana habitaba el territorio mexicano, y por esto procuramos hacer la aplicacion con el dato de que tenemos conocimiento, como es el marcado en aquel código, y que se refiere á un acontecimiento de grande importancia, como lo fué, sin duda, aquel cuyas consecuencias hallamos en las formaciones ígneas aludidas.

Tampoco pretendemos asentar que la cosmogonía mexicana se refiera á acontecimientos generales para el mundo, pues esto solo podria proponerse despues de largas y cuidadosas comparaciones de hechos que no tenemos á la vista para intentar ese estudio; pero sí es fácil suponer que los hombres, habitantes de una ó varias

comarcas extensas del territorio mexicano, que presenciaron aquellos terribles acontecimientos y que les causaban consecuencias de tal magnitud, pudieran creer que esos cataclismos eran generales, á lo ménos por el conocimiento ó ideas limitadas que podrian tener sobre la extension del mundo.

Dejando en pié el problema de esas interpretaciones, lo que sí podemos señalar como un hecho comprobado y de gran importancia, es, que el hombre habitaba el Valle de México ántes de que el volcanismo de que venimos hablando hubiera tenido lugar, y que no conservándose memoria de que tal cataclismo se hubiera verificado en tiempos no lejanos de la época de la Conquista de México, se infiere que el hombre habitaba este Valle, desde tiempos muy anteriores á los que puedan marcar con seguridad las tradiciones y la historia de México. Por consiguiente esos restos de industria humana, sepultados bajo las lavas del Pedregal, pueden considerarse como obra de un hombre prehistórico.

Como siguen con actividad los trabajos de explotacion de aquellas canteras basálticas, se irán descubriendo más y más los terrenos aluviales que les sirven de apoyo, y allí podrán encontrarse objetos que den más luz sobre la cuestion cronológica que venimos señalando. Sí es de llamar la atencion el hecho de que hasta ahora solo se hayan encontrado restos de trastos de una forma particular y no comun, y tambien la circunstancia de que no aparecen en aquel yacimiento los ídolos ni las flechas de obsidiana que con tanta frecuencia se encuentran en los terrenos superficiales de varias partes del país.